

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 7 de Diciembre de 1863.

Núm. 46.

SUMARIO.

Revista general de la semana, por X...—Un recuerdo á la pasado, por M. Bomo Caballero.—Castillos en el aire, conclusion, por Nataníel, Havvthorne.—El trabajo: El genio, poesias, por V. W. Querol.—Un paseo, por N. Campillo.—Adela Paati, por el Marqués de Gauna.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

La actitud que ha tomado el Austria en la cuestion del Congreso, es apreciada muy juiciosamente por un diario de Viena, el *Vaterland*. Este periódico interpreta la declaracion de la Inglaterra de no tomar parte en el Congreso, en el sentido de que la Gran-Bretaña no cree que debe tomar las deliberaciones de las potencias continentales, ni mucho menos esperar nada de ellas en beneficio propio.

El *Vaterland* deplora que el Austria, á la que conviene estar en buenas relaciones con Rusia y Prusia, se haya asociado á la politica occidental en la cuestion de Polonia, y pronostica que muy pronto no quedará al gabinete de Viena otro arbitrio que ó adaptar el programa del partido liberal y dar un paso mas hácia la Francia, ó admitir de nuevo el programa conservador y renovar las antiguas alianzas del imperio de Austria.

Alejarse de la alianza austro-francesa para aproximarse á la Gran Bretaña, significa en efecto para el Austria, segun las tradiciones de principios de este siglo, tanto como volver la espalda á la libertad que la ha salvado y que en estos momentos prepara su regeneracion.

La *Presse* de Viena dice, que segun las últimas noticias recibidas de los principados danubianos, grandes y numerosos trasportes de armas y municiones de guerra procedentes de Marsella, han sido escoltadas hasta Sérvia, Valaquia y Moldavia.

La Sublime Puerta que con este motivo ha pedido esplicaciones al príncipe Couza, ha obtenido como única respuesta por parte de este, que semejantes envios se hacian por orden de la Francia.

Mr. Drouyn de Lhuys respondió á su vez á las reclamaciones del gobierno turco, que el príncipe Couza no decía verdad, con el objeto únicamente de disimular el compromiso en que se encontraba, y salir así de un mal paso. Que por lo demas, no debía buscarse en Paris, sino en otra parte, la causa primordial de estos trasportes de armas.

Una reclamacion dirigida á San Petersburgo no obtuvo mejores resultados. El gabinete ruso lanza desde luego un mentis categórico á todo el que niegue que la Rusia está muy lejos de querer suscitar dificultades á la Turquía, y de aprobar las tendencias revolucionarias.

Veramos ahora á quién se dirige el gobierno turco. Solo falta que este tome la cosa en serio, y se origine en su consecuencia otra nueva cuestion...

El *Memorial diplomático* asegura que de los veinte soberanos á quienes se han dirigido cartas de invitacion para el Congreso, solo nueve han prometido de una manera formal asistir á él en persona. Estos son, el Papa, la reina de España, el rey de los Belgas, los de Suecia, Portugal, Italia y Dinamarca, el sultan y el rey de los Helenos.

Por lo que toca á España, aseguramos al *Memorial diplomático* que aun todavía no se ha decidido nada.

El mismo periódico publica la nota siguiente:

«Previendo que las complicaciones que han sobrevenido á propósito de la sucesion danesa podrian quizás ser el origen de una coalicion entre la Alemania y la Dinamarca, el conde Russell se ha apresurado á ofrecer la mediacion de la Inglaterra al rey Christian IX. Este, sin embargo, ha declarado que semejante mediacion solo le parecia eficaz, en cuanto se acomodase á la proposicion del Congreso europeo, hecha por el emperador de los franceses.»

Aconsejaríamos al rey Christian que cerrase los ojos y aceptase el desinteresado apoyo de la Inglaterra.

La mayor parte de los periódicos franceses, prestan muy poca ó ninguna atencion á los artículos inspirados á la prensa inglesa por la respuesta definitiva de lord John Russell.

Y en efecto, qué importan en Francia las recriminaciones ó los aplausos con que los periódicos ingleses han acogido la negativa de la Gran Bretaña?

Lo que importa en realidad es la negativa en sí mismo y las razones que la han dictado. Cuales sean estas es lo que aun no ha podido averiguarse, aun cuando algunas correspondencias de Londres, que tenemos á la vista, empiezan á darnos alguna luz, levantando una punta del velo misterioso bajo el cual se oculta la politica inglesa. Sin embargo, aun no es esto suficiente para que pueda penetrarse con seguridad en los misteriosos equívocos y en las calculadas hipocresias de que aquella hace uso constantemente.

Una de las correspondencias que hemos mencionado mas arriba, refiriéndose al desacuerdo que existia entre lord Russell y la mayoría del gabinete inglés cuando el ministro de Negocios extrangeros presentó su dimision, que fué retirada á los pocos días, dice que por insignificante que parezca este desacuerdo en una cuestion de táctica, era de necesidad suma, mirado bajo el punto de vista de los intereses de Inglaterra, el que las negociaciones para el Congreso se rompiesen inmediatamente, por que ellas

conducian al rompimiento de la alianza entre la Gran Bretaña y el Austria.

Concluiremos esta revista, haciendo un ligero resumen de lo que, respecto al Congreso europeo, opinan algunos periódicos franceses:

El *Journal des Debats* lo considera aplazado, y cree que Inglaterra ha resumiendo una responsabilidad que podía haber evitado.

«Como es difícil, dice, reunir un Congreso europeo, en el cual no hubiera de tener participacion una de las primeras potencias de Europa, el Congreso queda indefinidamente aplazado por la negativa de Inglaterra. Puesto que Inglaterra juzgaba imposible el Congreso debía haberlo abandonado á esta imposibilidad natural. Despues de su respuesta un poco seca, ella es la que parece haber arrojado la idea, y ha aceptado así la responsabilidad de una conducta que hubiera podido evitar.»

El *Spectator* se atreve á esperar que el despacho de lord Russell sea la última palabra de la política inglesa:

«Partidarios de la alianza de las dos grandes naciones liberales de Occidente, hemos espuesto con pesar criticas severas. Queremos esperar aun que las Cámaras, de acuerdo con la opinion pública, no darán su adhesión á la deplorable política del Gabinete, y que censurarán el tono seco y casi arrogante que ha adoptado en una circunstancia tan solemne.»

La *Independencia Belga* declara, no solo muerto, sino enterrado, el Congreso europeo, pero no cree que la consecuencia de este aborto sea la guerra en la primavera, fundándose en que hay motivo para creer completamente pacíficas las intenciones de Napoleon, y ese motivo es el haber dispuesto que se envíen á la comision del Senado nombrado para la redaccion de contestacion al discurso imperial, los informes de las autoridades departamentales que atestiguan que el país quiere la paz.

Y puesto que hemos acogido esas palabras que para muchos constituyen hoy todo un programa, guerra en la primavera, debemos tambien cargar de las conclusiones que encontramos en el folleto: *El emperador Napoleon III y el Congreso*, cuya proclama de neutralidad ha creído conveniente el *Moniteur* desmentir. He aquí la amenaza con que termina, amenaza pronunciada por el autor del folleto en nombre de Francia y de su emperador:

«Que se reflexione sobre el El jefe elegido de una nacion de cuarenta millones de habitantes, no se dirige en vano al mundo civilizado. En nombre de Estado del génio del emperador desdena los espasmos sin grandeza y sin franqueza, y no se deja coger en los lazos de una diplomacia semi.

Si las grandes potencias no quieren ó no pueden entenderse, y hacen el Congreso imposible ó impotente; si cerraré dejen cesar en la Union Via que conduce á la paz; si se comprometen, por obstinacion, en mantener un pasado que se desmorona, en el camino que pronto ó tarde conduce fatalmente á la guerra, y no la por guerra, Francia y emperador tienen un deber sagrado en que se abra antes de quita impresión, presentada sobre los papeles por el discurso de 5 de noviembre se muy brillante.

Guerra por guerra; la razon y la política quieren que se la declare en la primavera.»

X...

UN RECUERDO A LO PASADO.

Misterios que viven tranquilos como las flores que adornan las praderas vierten sobre nuestra alma el primer soplo de vida, y anuncian al espíritu las ilusiones de la edad primera. Por eso cuando soñamos con la mujer, reposa nuestra existencia en brazos de la virtud; cuando vivimos en la fé, en la constancia de un hombre, reposan nuestras ilusiones sobre la tumba helada de los desengaños.

La mujer es la vida.

El hombre la duda.

Su pensamiento la muerte.

La ambicion es su martirio.

Vivir para comprender la ciencia del hombre, equivaldría á emprender un viaje, cuyos confines no estuviesen marcados en la tierra.

El artista que realizara sus sueños ante la representacion de los objetos que dibuja su fantasia, cuando su alma rebosando en generosos sentimientos se eleva al ideal mas puro de la encarnacion divina en la esfera de lo infinito; es capaz de comprender la ciencia de la verdad, que con mano trémula y palpitante el corazon graba en el lienzo, por no caber en su pensamiento.

Colón descubrió el nuevo mundo, y el culto homenaje rendido á las tristes horas de la meditacion fué la ingratitud con el destierro... ¡Porque sus ideas vagaban tranquilas como sueños fantásticos, para perderse entre las olas y no volver jamás! Y sin embargo de tanto delirio entre la lucha de un espíritu, y la intransigencia de los hombres, realizó sus sueños.

Una muger que tenía mas sentimiento que calculo recojó en su corazon la gran idea, y ciñó con laureo inmarcesible las sienas del genovés.

Los hombres hollaron su corona, y ante la faz del mundo se estremeció la tierra.

La inmortalidad venció á la ignorancia; y las generaciones pasadas regaron con lágrimas de dolor el camino de sus estravios. Y un dia cuando el horizonte brillaba entre flotantes nubes cubiertas de robles, la naturaleza sobrecogida ante el resplandor de un sol naciente, pudo decir al Creador: *El hombre es tu enemigo, si le ayudas en sus colosales empresas no le permitas que duela, porque la duda es la muerte.*

Y el genio batió sus alas por el espacio, anunciando al mundo que no podía caber en la tierra la grandeza de un héroe, y por un impulso divino despojó al ser de la nada el alma que es de Dios en lo infinito, y voló tranquilo á donde reposa bienandanza.

Faltábale al hombre dirigir la última mirada, fijar la postrimera inscripcion en los fastos de la historia, y el mundo todo representó en su perdida ambicion, en el despecho de su impotencia su última morada. ¡Lloró por primera vez en los altares de la gloria la perdida del hombre de talento!

Necesitaba aun más, tenía que tributar el último elogio á su cariño; y legó una corona de flores al recuerdo de lo pasado, á la personificación viva del ser que nació pobre con sus titánicas empresas, y se hizo grande ante la inmensidad de Dios.

¡Ah! cuando los hombres recorran esas páginas tristes de la historia humana, y encuentren en su ignorancia la explicacion de sus desdichas, de seguro no culparán á su inteligencia por sus sentimientos, y allí en el fondo de su conciencia gritará una voz que la diga:

¡Miserable! ¿qué habéis hecho del pasado? ¡Temblar ante el

porvenir: ¡Pobre humanidad! Reconoció lo grande, lo inmenso-lo sublime, cuando brotaban las tinieblas de la oscuridad; cuando perdidos en el laberinto de oscura ciencia reflejaba el último rayo de la inspiración, sobre la gloria pasada.

Las generaciones presentes corrieron de guircaidas y siemprevivas la tumba hallada por los desengaños; surcaron tranquilos los mares, y apareció á su vista el gran mundo soñado por Colón; entonces no dudaban, bendecían una y mil veces al heroísmo y al valor, y doblegados al impulso soberano del rey del mundo, se postraban de hinojos ante él. Y sin embargo, aun queda mucho que andar á la familia humana, para llegar al término que Dios ha querido que toque. ¿Retrocederá inconstante en la gran obra comenzada?

Hoy que las ideas se regeneran en nuestra patria, que la semilla fecunda de la civilización se inicia, desplegando tranquila al aire la bandera del progreso, no retrocederá en su colosal empresa. Y el lema divino que impera en los actos de la inteligencia humana, será siempre la libertad, fiel compañera del progreso. Recordará con dolor su pasado, evocará en su auxilio las grandes ideas para el porvenir, y un nuevo orden de cosas sonreirá á sus ojos, como ángel de paz que llena los horizontes de la vida. Los que han perdido la fé llaman sueño á esta esperanza, sin olvidar que ayer despreciábamos la ciencia, por el misticismo de la religión, y hoy conquistamos el saber para dominar el mundo.

El tiempo ha borrado las preocupaciones de siglos que forman época en la historia, y la humanidad camina lentamente bajo la férula del progreso. Pero á cada grado que avanza la humanidad se detiene á descansar un momento. El esfuerzo que ha hecho es el del prisionero para romper un eslabon de su cadena, que deja sus fuerzas quebrantadas y sus manos tintas en sangre; y los espíritus débiles satisfechos del alivio que han conseguido, y temerosos del nuevo esfuerzo que han de hacer, exclaman: «¿Para qué una nueva revolución?» Alceamos una tienda y detengámonos aquí. El reposo es tambien una felicidad. Hoy esas almas débiles repiten sus clamores; hoy tomando por límites de la tierra, el horizonte que cierra á sus ojos el espacio, anuncian una fórmula absoluta del progreso, que como las columnas de Hércules diga á las generaciones: «Non Plus Ultra.» ¡Insensatos! Ignoran que si la humanidad hubiera completado su obra, la muerte la reclamaría como arista que traga el fuego. «La humanidad es necia,» dicen, y predicán sus autopías como revelaciones del Evangelio que se somete á sus caprichos, como ideas innatas que recibieron ayer, para permanecer siempre estacionarios, seres parásitos que viven adheridos á las rocas que les dió el ser, y arrojados por las olas de embravecido mar, fueron á depositar su existencia pobre, entre secularés piedras, desde donde predicán sus doctrinas.

MIGUEL ROMO CABALLERO.

CASTILLOS EN EL AIRE.

por Nathaniel Hawthorne.

(Conclusión.)

No seguiremos á Perico en su marcha triunfal, bastándonos decir que trabajó como una máquina de vapor, y que remató en un invierno lo que todos los antiguos habitantes de la casa, con el auxilio del tiempo y de los elementos, habían hecho á medias en el trascurso de cien años. Menos la cocina, todo lo demás estaba demolido; de suerte que la casa era un cascarón, un fantasma de casa, tan ficticia como esos edificios que se ven en el escenario; era, para decirlo de una vez, como la corteza de un

gran queso que hubiera servido de aposento á un ratoncito después de habérselo comido, y... Perico era el ratoncito.

Todo cuanto Perico echó abajo, Tabitha lo quemó, porque, pensando prudentemente, ¿qué necesidad había de calentar la casa cuando no existiese? La economía, pues, hubiera sido cosa por demás absurda. Por lo tanto podia muy bien decirse que la casa de Perico se había salido por el cañón de la chimenea; fenómeno tan maravilloso como el de aquel sujeto que se comió á sí mismo.

III.

Cuando llegó la noche que separa el último día del invierno del primer día de la primavera, ya no había en la casa litera con cabeza, ni agujero donde no hubiese metido Perico las narices. Esta noche fatal era espantosa: torbellinos de nieve y ráfagas de viento, cada vez mas fuertes, azolaban los muros de la casa, y habiárase dicho que el príncipe del aire en persona se disponía á dar la última mano á los trabajos de Perico. Porque las trabazones estaban tan resenlidas, y los sopostes interiores tan bien quitados, que parecia milagroso no se desplomasen paredes y tejado sobre la cabeza de su propietario. Pero maldito si entendía él nada de cuanto pasaba, cuando, tan excitado é inquieto como la noche misma, ó la llama que temblaba en el hogar á cada rujido de la tormentada, gritó:

—El vino, Tabitha, ¡aquel famoso vino de mi abuelo! tráelo, que nos lo vamos á beber.

Levantóse Tabitha de su escabel, anegrecido por el humo, y puso la botella delante á Perico, al lado del candil de cobre descubierta tambien por él. Alzó Perico la botella á la altura de los ojos, y mirando al través del líquido, vió á la cocina del color de oro, y á Tabitha tambien la vió dorada, y á sus blancos cabellos y humildes vestidos trocados en galas de régia magnificencia. Y este color le trajo á la memoria sus sueños.

—¿Pero vamos á beber el vino antes de hallar el dinero?

—Ya está descubierta el tesoro, respondió Perico entusiasmado. Estoy muy cerca de él, casi tocándolo, y no dormiré mientras no abra con esta llave su cerradura. Pero hablemos Tabitha.

Como no había saca-corchos en la casa, Perico decapitó la botella con la llave del tesoro, y llenó en seguida dos tacitas de porcelana que Tabby había sacado de la alacena. Estaba tan claro el vino, que hizo mas distinto el ramito de flores carmin que adornaba el fondo de cada una, y era tan añejo que su rico y delicado aroma perfumó deliciosamente la cocina.

—Bebe, Tabitha, gritó Perico, ¡bendito sea mi abuelo que guardó este vino para nosotros dos! ¡A la memoria de Pedro Goldthwaite!

—Razon tenemos para acordarnos de él, dijo Tabitha bebiendo.

¡Por espacio de cuántos años y al cabo de cuántas vicisitudes había guardado aquella botella su tesoro de alegría para regocijar á semejantes carcamales, recrearlos con una infinidad de amables visiones y distraerlos en medio de los tormentosos y desolados tiempos que atravesaban!

Pero dejemos á Perico y Tabby hasta que den fin de la botella, y hablemos de M. Brown.

Sucedió, pues, que aquella noche medrosa y fria M. John Brown no se halló á gusto en su butaca, al amor del fuego en su espléndido gabinete. Mister Brown era hombre de buena pasta,

benévolo, y también compasivo cuando las desgracias del prójimo le penetraban hasta el corazón, al través de las entretelas de su prosperidad, así fué que toda la tarde y parte de la noche se la pasó pensando en su exsocio Perico, en sus disparates, en su adversa fortuna, en la pobreza de su casa, y en su mala traza el día que lo vió en la ventana.

—¡Pobre hombre! se dijo M. Brown. ¡Cabeza infeliz! Y por cierto que en memoria de nuestras antiguas relaciones, hubiera debido cuidar de que nada le faltase en un invierno tan cruel.

Estos buenos sentimientos se presentaron con tal fuerza á M. Brown, que á pesar del frío, nieve y viento, determinó trasladarse acto continuo á casa de Perico. Era un verdadero fenómeno: cada rujido de la tempestad parecía llamarlo, si admitimos que estuviese acostumbrado á oír en el viento los ecos de su imaginación. Sorprendido de tan activa benevolencia, tomó la capa, se puso pañuelos y tapa bocas, se metió hasta las orejas el sombrero, y salió á la calle, desafiando los elementos. Pero las potencias del aire debían ganar la batalla; doblaba M. Brown la esquina de la casa de Perico, cuando el huracán, haciéndole perder el equilibrio, lo tiró de cabeza sobre un montón de nieve y lo sepultó, al propio tiempo que le llevó el sombrero á regiones tan apartadas, que no ha vuelto á saberse de él. No era probable pareciese M. Brown hasta el próximo deshielo; pero, sin embargo, logró á fuerza de fuerzas abrirse paso entre la nieve, y descubierta, se dirigió á la puerta de Perico. Había en la casa un ruido tan extraordinario de puertas y ventanas que se abrían y cerraban con el viento, y daban tales gemidos las trabazones, que M. Brown se fué colando hasta la cocina sin que nadie lo advirtiese.

¿Ni cómo lo habían de ver tampoco Perico y Tabby, de espaldas á la puerta y arrodillados delante de un cofre que acababan de sacar de la pared, á la izquierda de la chimenea? A la luz del candil que tenía la vieja, vió M. Brown que el cofre tenía flejes de hierro y clavos de bronce en todas direcciones, y cantoneras de lo mismo en las cuatro esquinas, lo cual lo hacía digno de recibir los tesoros de un siglo para las necesidades de otro. Perico introdujo la llave en la cerradura.

—¡Tabby! exclamó estremecido de placer, ¿cómo soportar el brillo de tanto oro? ¡Porque es muy brillante, Tabby, todavía me parece que lo estoy viendo: yo lo cerré con esta llave; y desde aquel momento, desde hace setenta años, Tabby, no ha cesado de relucir en secreto, para este glorioso instante. ¡Verás, reconcentrado todo su esplendor Tabby, salir de aquí torrentes de luz iguales á la del sol del mediodía!

—¡Bueno! pues tápese los ojos, mi amo, dijo Tabitha impacientada; pero por el amor de Dios, que se abra pronto esa tapa.

Y haciendo Perico un poderoso esfuerzo con las dos manos, dio vuelta á la llave.

Acercose entonces M. Brown y adelantó la cabeza, con los ojos de par en par, en el momento en que Perico alzó la tapa, pero no salió el más mínimo destello, quedándose la cocina tan en tinieblas como antes.

—¿Qué es esto? exclamó Tabby, acomodando á sus narices los anteojos y levantando el candil. ¡Los papeletes del abuelo!

—Tienes razon, Tabby, dijo M. Brown metiendo la mano en el cofre.

¡Qué fantásticas riquezas había evocado el minero Perico

para dar al trasta con el poco juicio que le quedaba! Allí había, es cierto, una suma incalculable, bastante para comprar toda la ciudad y reedificarla; pero era tan grande como ficticia, y por ella no hubiese dado nadie un penique.—Pues entonces, se me dirá, ¿en qué consistía ese tesoro? ¿En qué? Atiende: en bonos del gobierno, en billetes del banco territorial, en papeles, en fin, de esta clase; pero con la añadidura de que los mas antiguos contaban cerca de siglo y medio de fecha, y los mas modernos se habian emitido antes de la revolucion, y todos estaban caducados; de consiguiente, los billetes de mil libras valian tanto como los de una, es decir, nada.

—¡Hé aquí el tesoro de tu abuelo! dijo M. Brown. Perico, tu homónimo te se parecia mucho; cuando los valores del gobierno cayeron al cincuenta y mas por ciento de su valor, los compró esperanzado en una subida. Oí contar á mi abuelo que el tuyo, para reunir la suma necesaria á su insensato proyecto, hipotecó á tu padre esta casa; pero el papel continuó bajando, hasta que nadie lo quiso por nada; y Perico I se vió como Perico II, con muchos millones en caja y sin camisa que ponerse, y al fin se volvió loco... Pero no te apures, Perico, que precisamente es el capital que se necesita para hacer castillos en el aire.

—¡Que la casa se nos viene encima! gritó Tabby en un momento en que el temporal arreciaba.

—¡Amén! dijo Perico cruzándose de brazos y sentándose en el cofre.

—No, Perico, replicó M. Brown; que hay en mi casa cama y mesa para tí y Tabitha, y un secreto para guardar tu tesoro. Mañana trataremos de la venta de estas ruinas, y yo te las pagaré á buen precio, porque el terreno está caro.

—Y yo, añadió Perico, que se iba reanimando, tengo un proyecto para multiplicar el dinero que tome por ella.

—En cuanto á eso, dijo para su capote M. Brown, bueno será que la justicia intervenga en el asunto, y que nombre un carador que se haga cargo de la parte sonante y cantante; y si Perico se empeña en especular, que lo haga en buen hora con el tesoro de su abuelo.

MARIANO JUDERIAS.

EL TRABAJO.

El ocio torpe con su lenta mano
La viva antorcha sofocar procura
Que de la ciencia oscura
Le muestra al hombre el ignorado arcano.
Teme, mortal, que promulgada en vano
No fué esta ley al ánimo despierto:
Dijo el Señor:—Quien salga de las tiendas
Antes que luzca la temprana aurora,
Recogerá el maná junto á las sendas;
Pero el que mueva tardo el paso incierto
Cuando ya el rojo sol las cumbres dora,
Tendrá la arena estéril del desierto.

V. W. QUEROL.

EL GENIO.

—«Quien coja audaz el fruto de la ciencia
Perderá el Paraíso.»—
Tal es del cielo eterna la sentencia.
¡Ay infeliz de aquel á quien consume
La llama de su genio! ¡Ay de quien quis

Coger laurel amargo y sin perfume!
 Hoy no evita la frente que lo lleva,
 Como otro tiempo, el rayo; hoy es la fama
 Un crimen, y ¡ay del que á su altar se atreva!
 Quien roba el fuego á Dios, gime protervo
 Atado á estéril roca; en él se ceba,
 Buitre voraz, el infortunio acerbo.
 ¡Funeo don! Llorad los que en el alma
 La ánsia sentís de tan falaz victoria;
 Cuerdos los hombres dieron igual palma
 Que al martirio á la gloria.

EL MISMO.

UN PASEO.

Tengo yo un amigo... ¡qué amigo! inseparable como la sombra del cuerpo, hablador como las Cortes, y tan ingenioso y activo para servir al prójimo como lo es el sistema tributario. Por ninguna de estas cualidades, aunque muy buenas todas ellas, lo recordaba uno de los pasados y nebulosos días de Enero. Lo recordaba, sí, por su extraordinaria propensión á curandero, y curandero moral; llamame otros, si quieren, filósofo espiritualista. Háblame oído decir muchas veces que contra cada vicio hay una virtud:

Contra ira, horchata.
 Contra pereza, una estaca.
 Contra gula, cesantía.
 Contra soberbia, pobreza, etc.

Y así ensartaba una larga letanía en la que estaban comprendidos y contrariados cien vicios, defectos y debilidades de la pobre raza humana. Repitiendo yo terna relación, no encontraba una sola receta para curar ó mitigar el fastidio que entonces me dominaba. ¿Qué hacer? Ya habían pasado las Pascuas: además las Pascuas no me alegran; ni encuentro diversion en comer, porque á Dios gracias, lo hago todos los días, ni soy alumno de Baco, ni me gusta la zambomba. ¿Ir al teatro? ¡Pero si la función es una zarzuela que ya se ha estrenado aquí veinte y tantas veces! ¿Quedarme en casa y distraerme con la lectura? Tampoco; he tenido la necedad de leer y releer mis libros, y ya los sé casi de memoria. Mirar solo en sus portadas sus títulos, nombres de sus autores, y los años y oficinas en que se imprimieron, para luego citarlos á voces en el café, hubiera sido lo derecho y lo que la moda requiere. De pronto vi cerradas todas las puertas, como quien dice. Pues, señor, pecho al agua: sin rumbo fijo saldré por esas calles, y quizá me fastidie menos dando un paseo. Dicho y hecho: me calé el *honga* y cerré la cancela.

Héme, querido lector, en la calle: y hé aquí también que apenas pasadas dos esquinas, veo á lo lejos á una pareja que se adelantaba hácia mí; pareja que al pronto me pareció un matrimonio, y después me hizo recordar la siguiente copla:

Pegado á tu ventana
 vi un bullo negro;
 me creí que era un hombre,
 y era un gallego.

Al acercarnos se entabló este gracioso diálogo:

—A los pies de V., Fulanita. ¿Cómo sigue V.?

—Yo, bien, gracias: ¿y V.?

—Gracias, perfectamente: ¿y la familia?

—Sin novedad, gracias, ¿y por allá?

—Todos buenos, gracias, para servirla.

—Muchas gracias: y...

Y yo, á pesar de que la gracia no es mi fuerte, la hice un gracioso saludo, tan profundo como una zalema oriental, y

proseguí, sin saber á dónde, mi descomulgado camino rezando entre dientes:

—A los cuarenta años la acompaña el gallego: no sabrá la pobrecita á su casa, y temerán que se pierda.

¡Qué sencillez!

Sabe á su casa y á la agena; pero si la ven sola, formarán de ella mal concepto.

¡Qué reputación tan sólida! Para no tropezar necesita de testigos.

Y es indispensable que el tal testigo sea gallego y criado: porque hay mucha diferencia entre decir «vi á Fulana con un hombre» ¡¡horror!!! y «vi á Fulanita con un gallego». No parece sino que este es un mastín ú otro animal doméstico. Esto me recuerda las palabras de aquella emperatriz romana entrando desnuda en el baño á vista de sus esclavos «los siervos no son hombres.» Augusta señora, ¿pues qué son? ¿Borriscos?

Pero la misma doña Perpétua,

Que dice que está en la infancia,

Y huele á manteca rancia,

Si tuviera veinte años menos, y una hermosura peregrina, con tal de que fuese casada, podría salir y entrar sola sin temor de la maledicencia. Una bella casada de veinte años está mas asegurada de incendios que una fea solterona de cuarenta. Esta, dueña de su libertad y su conducta, necesita guardianes. Aquella que los debe á otros, no los necesita aunque por su juventud y atractivos le fuera conveniente y decoroso tenerlos. ¡Qué ridiculez!

Pensando estas cosas, y al mismo tiempo dejando atrás muchas calles, entré por la de Génova en la Plaza Nueva.

Hay sitios de historia, y este es uno de ellos: primero fué no sé qué cosa, porque allí no alcanza la memoria; después fué convento de franciscanos. Estinguidos aquel y estos, fué circo ecuestre: mas tarde, hermosa huerta; y por último se trasformó en una de las mejores plazas de España, con edificios para albergar á todo un pueblo.

¿Sabéis qué representa este sitio con sus continuas variaciones? Nada menos que la historia del género humano; y no la historia orgánica y material de M. Virey, á quien Dios perdone, sino la social y política, en todos sus pasos progresivos. Veamos,

Como he dicho, no se sabe qué fué primeramente la Plaza Nueva. Esta es la edad fabulosa, antehistórica de los pueblos, donde solo se presentan dudas y confusiones.

Después se hizo convento, donde el ascetismo vivía sobre el país. La tradición recuerda cuán gordos y hermosos andaban los henditos padres franciscanos. Aquí predomina el elemento teocrático. Siempre dominó en las primeras sociedades. En ellas la religion tenia sus iniciados y los demás hombres eran profanos: sus derechos estaban reducidos á tres cosas: obedecer, callar y pagar. De los iniciados salían los ministros del culto; seres felices que habían realizado el cuento de Juan Palomo: «yo me lo guiso y yo me lo como.»

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

ADELA PATTI.

El señor marqués de Ganna, ha remitido al director de *El Bien Público*, de quien lo tomamos, el siguiente juicio crítico, sobre los méritos de la señorita Patti, que tanto furor está haciendo en nuestro régio coliseo.

Dice así:

«En el delicioso vergel, creado en 1828 por el malogrado Cisne de Catania, el inolvidable y patético Bellini, en ese con-

junto de flores preciosas y selectas que lejos de marchitarse con el curso inexorable de los años reverdece con nueva lozanía y deliciosa fragancia siempre que nos acercamos á su poético y perfumado recinto; en ese idilio encantador que nunca perecerá porque las obras que el corazón inspira al génio de los grandes hombres son inmortales; en la *Sonnambula*, en fin, se nos ha aparecido una nueva y preciosa flor, ¿qué decimos? un capullo gentil, cuya fragancia es ya tal, que esperamos llegará en el día de su completo desarrollo á tan alto grado de transcendencia que podrá igualar, y tal vez hacer relegar al olvidado, la que en pos de sí dejaron la Pasta, la Malibrán, la Lonteg, la Persiani, la Frezzolini, la Jenny Lind, la Alboni, la de Lagrange y otras varias que por no citadas sean menos dignas de serlo.

Este preciado capullo que se llama Adeliua, y debería llamarse Amina Patti, es la encarnación mas perfecta que imaginarse pueda del poético y juvenil carácter de la *Amina de Bellini*.

La señorita Patti es una joven llena de gracia y notabilísima por la pureza de su voz de *soprano sfogatissima*, por la perfección de su pronunciación, por su afinación admirable y finalmente por la sobriedad y buen gusto de sus adornos ó *floriture*. Si á estas poco comunes é inapreciables cualidades, reuniere la de un corazón mas ardiente y una alma de mayor y mas esquisita sensibilidad, no hubiera tenido rival alguna en el pasado, y tal vez no la tendria en lo porvenir. La señorita Patti seria la perfección sobre la tierra; pero para ello debe persuadirse que no se alcanza tan envidiable y elevada meta sin poseer el sacro fuego del entusiasmo, esa emanación del cielo, ese origen de todo lo grande y de todo lo bello.

Al señalar este lunar en el bellissimo conjunto de perfecciones que caracterizan el precoz talento de la señorita Patti, no lo hacemos por blasonar de Aristarco inflexible é intransigente; muy al contrario, somos de sus mas sinceros y leales admiradores, pues la hablamos el lenguaje de la verdad y nos alegraríamos en el alma se persuada de ello y no desdeña nuestros desinteresados consejos. Profesamos además la doctrina de Polivio en toda su brusca honradez, y por haberla feido hace poco y cuadrar perfectamente á nuestro propósito, la transcribimos en esta circunstancia: «Si no sabéis aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos cuando lo merezcan, no escribáis.»

No queremos dar á entender, por otra parte, que la señorita Patti carezca enteramente de sentimientos; pero sí que esta preciosísima cualidad no brilla en ella á la altura de las otras muchas que somos los primeros en reconocer y admirar.

Si de este rápido pero concienzudo juicio, pasamos á los detalles artísticos de la ejecución de la citada ópera, diremos; que pocas veces ha sido tan generalmente bien interpretada en Madrid, á pesar de tener presente el recuerdo de los eminentes artistas que nos iniciaron á tanta belleza é inspiración musical, y entre los cuales figuraban, el primer cantor del siglo (por no decir de todas las edades), el grande, el incomparable Rubini, la Persiani, la Viardot, Salvi y algun uno de cuyo nombre... no podemos acordarnos en este momento.

Pero ya es tiempo de analizar. Pasemos en silencio las pocas piezas que preceden á la cavatina de la protagonista. El recitado, andante y cavaletta de esta joya musical, estan tan adecuados á las facultades vocales y al talento artístico de la señorita Patti, que en nuestro concepto esta realiza el bello ideal del inspirado Bellini, pues no se puede dar mayor ingeniosidad, mas frescura de voz, mas bella emisión del sonido, mas clara y correcta pronunciación de la preciosa *habla del bel paese*: *dove il si suona*; pieza cuyo sentimiento es plácido, tranquilo y de bendiciencia; la señorita Patti está, por decirlo así, en su ele-

mento, y por lo tanto nada deja que desear, como no sea el volvérsela á oír.

Lo mismo acontece en el *duettino* de salida del tenor, que el distinguido artista Sr. Nandin canta de una manera muy conveniente; así como el precioso duo que termina el acto primero; pero cosa singular en apariencia, y que no obstante, para el arte es fácil de explicar; no sucede lo mismo con las piezas siguientes, que canta, no solo de un modo conveniente, sino notable; y ¿por qué? Porque como los dos artistas de que hasta ahora nos hemos ocupado en este análisis, proceden por medios tan distintos, esto es, la una por la superioridad vocal, y el otro por la energía del sentimiento, y como quiera que en el desarrollo de la acción dramática las situaciones van siendo cada vez mas apasionadas, acontece que el tenor Nandin, que posee un alma ardiente y entusiasta, se eleva á una altura inesperada en el famoso final del acto segundo, y la señorita Patti no llega á la que por su mucha fama se podría esperar. Es verdad, que en dicha magistral composición, el tenor lleva el canto ó melodía principal, y el soprano le acompaña en notas intermedias de menor brillo y sonoridad, y que para atenuar tal inconveniente las actabilidades que hemos oido en el papel de *Amina*, han adoptado, bastante generalmente, el sistema de doblar la parte del tenor cantando á unísono con él. Pero tambien es cierto que si este último no es apasionado y lleno de sensibilidad y energía en la expresión de su dolor, el final se derrumba como un castillo de naipes, y es, á nuestro entender, lo que sucedería en esta ocasión, si el tenor Nandin no tuviera tanta expresión y sentimiento.

En la popular inspiración *¡Ah! perché non posso odiarti?* llama igualmente la atención dicho artista, no ya por sus facultades vocales, sino por el inmenso partido que de ellas saca; pero siempre por las cualidades citadas, siempre por los medios indicados, por la exuberante expansión del sentimiento.

Llegamos á la peripecia final del argumento; á ese delicioso *rondo final* que es todo un poema y en el que la inocente Amina, en estado de sonambulismo, evoca todos los mas queridos recuerdos de la vida de su amor. En esa tierrisima elegía en que Bellini ha ferramado los tesoros de su poética inspiración, la señorita Patti se eleva á notable altura; pero llega el momento en que los sencillos aldeanos, incluso el amante de Amina, al ver el, para ellos desconocido fenómeno del sonambulismo, reconocen por fin la immaculada inocencia de aquella, llega el momento en que despierta, y al recobrar toda la lucidez de su inteligencia, vé á su amante postrado á sus piés é implorando generoso perdón. Pues bien, aquella mujer que se durmió en el período álgido de su dolor y que despierta en el de la mas inefable felicidad, debe espresarla con toda la expansión de un alma que rebosa de júbilo y de ternura. ¿Lo espresa así la señorita Patti? Dudamos que la mayoría del culto é inteligente público de Madrid responda afirmativamente.

En resumen, nuestra opinión sobre la señorita Patti, es que raya muy alto como cantante de gracia, de agilidad, de fuerza de sonido; que su preciosa voz, argentina y estensa, pero de poco volumen, se presta admirablemente á interpretar los tipos de algunas heroínas de ópera *di mezzo carattere*, pero que, por ahora al menos, le están vedados los de la tragedia lírica, es decir, aquellos tipos en que es preciso calzar el esturmo, vestir el imponente traje de la druidica sacerdotisa ó la púrpura de Babilonia. Es verdad que su simpática pero muy delicada figura se opone tambien á ello; pero en nuestro concepto, si su voz se engrandeca con el ejercicio, y su canto adquiriese mayor colorido de sentimiento y mayor *slancio*, creemos á la señorita Patti predestinada á ocupar un puesto muy eminente entre las

primeras artistas líricas contemporáneas.

No podemos, en justicia, terminar esta reseña, sin consagrar un elogio al apreciable *basso cantante*, señor Agrese, que desempeña y canta de una manera distinguida el papel de conde Rodolfo; pero que, en nuestro concepto, debería animar también mas su canto y su acción.

La opinión que sobre el género de mérito de la señorita Patti acabamos de emitir, opinión que solo á instancias de un muy simpático amigo nos hemos determinado á publicar, se ha fortalecido mas y mas con la audición de esa otra joya musical llamada *Lucia*, uno de los mas bellos florones de la artística corona del ilustre Donizetti. En general, la ejecución de la preciosa ópera del fecundísimo y también malogrado bergamasco, nos ha parecido inferior á la de la *Sonámbula*. Respecto á la protagonista, dicha ejecución ha venido á corroborar nuestras primeras impresiones sobre el conjunto de sus cualidades y defectos; indudablemente, el catálogo de las primeras escade con mucho al de los segundos, y nos complacemos en consignarlo, porque si bien puede ser cierto, como se nos ha asegurado, que á los seis años la niña Patti cantaba con la misma facilidad y afinación que hoy lo hace la celebrada jóven, siempre es un gran mérito el llegar á su altura, tal cual es, y alcanzar los honores de la celebridad, antes de cumplir su vigésimo abril, como diría el poeta, ó su vigésimo febrero como asegura con tanto empeño nuestro amigo y concienzudo escritor Sr. Saldoni. Tal vez esa precoz é innata facilidad de músico sea la causa ocasional y original de los lunares que, á fuer de imparciales, tenemos que señalar en el talento artístico de la señorita Patti. Tal vez esa misma extraordinaria precocidad, esa juvenil intución le haya hecho descuidar el estudio de algunos de los poderosos recursos del arte, cuales son, el uso de los *sonidos fados* de tan bello efecto en ciertos casos; el del *crescendo* y *decrescendo*, en infinidad de frases que lo exigen por la índole del sentimiento que deben expresar, y finalmente, el de aquellos deliciosos *portamenti* que tan bien se prestan á los afectos de ternura y que tan admirablemente redondean la conclusion de ciertos períodos musicales. De todo esto suele prescindir la señorita Patti; de todo ello hace las mas veces caso omiso, y procediendo así, se priva voluntariamente de una porcion de recursos, que son otros tantos elementos de éxito. Tales son las causas, que á nuestro modo de ver, se oponen á que la impresión producida por la jóven artista, si bien brillante y capaz de lisonjear su amor propio, no haya sido tan profunda y unánime como se esperaba, y nosotros sinceramente deseábamos.

El público, ese ente moral tan respetable, que generalmente juzga con tanto acierto y falta con tanta imparcialidad; el público, decimos, ha encontrado infinidad de cualidades en el prematuro talento de la señorita Patti, y se lo ha manifestado con entusiasmo en cuantas ocasiones ha tenido para ella; pero en ese mismo entusiasmo de sus mas apasionados partidarios se observa un fondo de duda indefinible al parecer, un matiz mas ó menos perceptible de tibieza en su admiracion hacia la reputada cantante. ¿Cuál será, pues, la causa de este aparente fenómeno? La causa, si no nos engañamos, procede de que la mayoría del público, por muy culto que sea en materia artística (y el de Madrid tiene dadas muchas pruebas de su elevada cultura), el público en general, no juzga del arte y de sus intérpretes sino por las impresiones que experimenta. Estas impresiones y los juicios que de ellas se derivan, son altamente respetables por su espontaneidad, por su buen sentido y por el profundo sello de leal equidad que los caracterizan; pero el público que con tan delicado y rápido instinto distingue lo bello de lo que no lo es, no se para á indagar las causas de dichas impresiones y solo juzga

por los efectos que aquellas le producen; y por eso cuando una solución de continuidad llega á interrumpir la corriente del magnético fluido que indudablemente suele establecerse entre el eminente é inspirado artista y un público amante de lo bello, el desencanto se encuentra con frecuencia inmediato á la admiracion, así como la Tarpeya Roca estaba inmediata al Capitolio.

Mas como no hay efectos sin causas, el pensador entusiasta por el arte, al que consagra su inteligencia y la principal preocupacion de su vida, debe indagar las causas de esos efectos tan singulares en apariencia, sobre todo cuando se encarga de analizar estéticamente é imparcialmente el mérito de una entidad artística precocida de tanta nombradía y á la que la fama con su áurea trompa ayudará á elevarse en breve al áurea morada con solo amontonar el oro que por do quiera se derrama ante sus plantas. Diremos, pues, que todo depende de los puntos vulnerables de su talento, y los cuales, como hemos indicado en el curso de este escrito, son, en primer lugar, la delicadeza de su físico, de la que, al parecer, se derivan la falta de intensidad y robustez de su órgano vocal; la ausencia casi completa de esos ataques de pasión que solo pueden producirse con un fuerte sentir y una voz ejercitada en el género declamado y *destancio*. De ahí, el no conseguir en algunos casos ciertos efectos que el auditorio espera y cuya esperanza queda defraudada. Que si á estos inconvenientes, por decirlo así, físicos ú orgánicos, se añaden los tambien ya indicados, respecto á los varios recursos del arte de los cuales hace casi entera abstraccion, y cuyo equivocado sistema es el *erat mont del onigme* que nos hemos propuesto descifrar, resulta, como dijimos al tomar la pluma, que la señorita Patti está bien é imparcialmente definida con las palabras: «Es una jóven llena de gracia y notabilísima por la pureza de su voz de *soprano sfogatissimo*, por lo perfecto de su pronunciaci6n, por su afinacion admirable, y finalmente por la sobriedad y buen gusto de sus adornos ó *fioriture*».

No modificaremos, pues, nuestro primer juicio, porque lo creemos, *justo sin adulacion, y severo sin amargura*. Sin embargo, respecto á lo de la sobriedad y buen gusto en sus *fioriture*, debemos hacer una ligera aclaracion, y es que aludimos á los de la *Sonámbula*, no á los de *Lucia*, entre los cuales, algunos nos han parecido tener cierto saborcillo instrumental (permitásemos esta locucion, porque expresa bien nuestra idea), cierto *doigté* de teclado que se adapta mejor al de un piano que á las cuerdas vocales de la humana garganta.

Dicese de público que el maestro que ha dirigido los estudios vocales de la señorita Patti, es un distinguido pianista ruso ó austriaco. Rendimos homenaje al mérito de dicho señor si efectivamente lo tiene; pero en nuestro concepto, el mas humilde cantante, por poco que haya ejercido con lucimiento su escabrosa y difícil profesion, será siempre mas adecuado para enseñar y transmitir los preceptos del arte vocal que el mas aventajado instrumentista. El profesor cantante puede unir el ejemplo al precepto; y finalmente, pueda iniciar al neófito en una infinidad de secretos que la sola experiencia suele arrancar á la musa del canto, y solo en medio de ese templo al que tantos se crean llamados y tan pocos son elegidos. El piano, el mas rico y á la vez el mas pobre de todos los instrumentos, está impotente para producir *sonidos fados*, para obtener efectos de *portamento* y hasta para dar el conveniente colorido á ciertas melismas, cuyo principal efecto reside principalmente en las condiciones que, hasta ahora por lo menos, faltan á dicho instrumento. Y á propósito de esta observacion, se nos ocurre una singular coincidencia, una sorprendente analogía, y esta es, la relacion que parece existir entre los defectos del instrumento y los lunares que resaltan en la notable habilidad de la simpática

jóvenes. Tanto mas, cuanto que unos y otros son de la misma índole, y los únicos que hemos señalado. Ofrecemos esta última consideracion al buen criterio y a la meditacion de las personas competentes y pensadoras de la república musical.

Héstanos solo consagrar algunos a los compañeros de la protagonista en la *Lucia*, y a la ejecucion de esta inspirada partitura. Ya hemos dicho que en general nos ha parecido inferior a la de la *Sonámbula*. En efecto, el baritono Sr. Guicciardi, que ha sido justamente apreciado en el *Ballo in Maschera*, no obtiene grandes resultados en la parte de *Asthan*.

La señorita Patti no satisface tampoco completamente en su cavatina de salida. Es cierto que los variantes de la segunda cavalletta están lejos de ser felices, y tal vez, esto contribuye a que el efecto de dicha pieza no sea tan satisfactorio como sinceramente lo desearíamos. En el siguiente duo con el tenor, el señor Nandin estuvo muy feliz, sobre todo en la cavalletta, *Veranno á te sull'aura*, en la que hizo uso muy hábil de su media voz y de su maestría en el importantísimo ramo de la respiracion y del fraseo. Dicha pieza agradó y por lo tanto sus intérpretes merecieron el honor de ser llamados a la escena al grato rumor de nutridos aplausos. No sucedió otro tanto en el duo del segundo acto entre Lucia y su hermano Asthan, ni aun en el famoso sexteto *Chi mi frenò in tal momento*; pero en cambio, en la no menos famosa escena de la maldicion y en la stretta del mismo final, volvieron a resonar los fervidos y lisonjeros aplausos del auditorio. La gran escena del tercer acto, generalmente llamada de la *Locura*, fué interpretada por la señorita Patti, como acostumbra, esto es, bien, muy bien, pero no tanto como nosotros creemos podrá hacerlo un día, si llega a poseer las cualidades que, tan lealmente, desearíamos ver brillar en su ya notabilísima habilidad. Así es, que sin las notitas picadas ó *stacatte* que coloca en la conclusion de dicha pieza, opinamos que el éxito de la misma hubiera sido cuando menos dudoso.

El tenor Nandin desempeñó con maestría el célebre rondó final que termina la ópera. Si dicho artista poseyese una de esas voces de privilegio que hemos oído en nuestro régio alcazar musical, hubiera llegado a ser una de las primeras notabilidades artísticas de la época, porque tiene talento y posee el fuego sacro que inspira a los grandes artistas.

Y ahora, colguemos la modesta peñoia. El juicio que ha emitido podrá tal vez tacharse de equivocado, pero no de apasionado ni desleal. Está basado en alguna experiencia y en mucho entusiasmo por el divino arte de la música.

¡Oh, entusiasmo, volvemos a repetir, emanacion del cielo, compañero de todo lo grande, de todo lo bello! ¡dichoso el artista, el guerrero, el poeta que te posee! Este pensamiento despierta en nosotros un recuerdo de juventud y trae a nuestra memoria un fragmento de la magnífica oda *El Entusiasmo*, escrita hace muchos años para el Album de S. M. la reina gobernadora, por uno de nuestros mas insignes poetas y amigos.

Cuando la griega juventud volaba
al campo de la gloria,
y al macedon guerrero disputaba
el sangriento laurel de la victoria,
¿quién a blandir el asta fulminante
robusteció su brazo?
en la trabada lid, ¿quién su constante
corazon alentó? ¿quién sino el fuego
del entusiasmo ardiente
que corrió en viva llama por sus venas,
cuando escuchó elocuente
tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, ¡oh, santo fuego!
tú quien el duro mármol animaba
bajo el cincel del inspirado griego;
tú, quien la trompa de Maron sonaba.
En cuanto el mundo a la memoria ofrece
de eterno, de elevado,
tu creador espíritu aparece:
tú, ante el funesto vaso envenenado,
en el alma de Sócrates brillabas,
tú la mano de Apéles dirijas,
en la lira de Pindaro sonabas,
y la lanza de Aristides blandias.

Insertamos a continuacion la lista de los 50 premios mayores del sorteo del 50 del pasado: los que tengan los números iguales a los que se insertan son los agraciados con los treinta regalos, pertenecientes al dicho Noviembre.

Noticia de los pueblos y administraciones donde han caído los 50 premios mayores de los 1200 que comprendia el sorteo celebrado el 50 de Noviembre de 1865.

NUMEROS.	PREMIOS.	ADMINISTRACIONES.
29918	40000 ps. fs.	Barcelona.
18514	15000	Madrid.
6674	5000	Seo de Urgel.
9588	5000	Salamanca.
7410	2000	Idem.
1552	2000	Barcelona.
21425	2000	Cádiz.
2422	2000	Barcelona.
19051	2000	Pamplona.
10177	1000	Bilbao.
5692	1000	Blanes.
1038	1000	Pamplona.
11727	1000	Belalcázar.
24159	1000	Vitoria.
11785	1000	Talavera de la Rei.ª
10044	1000	Barcelona.
486	1000	Cartagena.
7509	1000	Madrid.
7175	1000	Granada.
29905	1000	Madrid.
9429	1000	Madrid.
18151	1000	Valladolid.
22155	1000	Barcelona.
24285	1000	Valladolid.
2774	1000	Sevilla.
8554	1000	Madrid.
2444	1000	Reus.
22096	1000	Santander.
17557	1000	San Fernando.
28565	1000	Pamplona.

El sorteo inmediato se verificará el día 12 de Diciembre. Corresponden a dicho sorteo 50000 billetes a 200 reales, divididos en décimos a 20 reales cada uno.

Dentro del número del lunes siguiente remitiremos a los que tienen derecho a los premios de constancia los números que les tocan para los regalos extraordinarios de Navidad.

Se entienden con derecho todos los que han sido suscritores desde el 1.º de Enero de este año hasta fin de Diciembre del mismo.

Editor responsable: D. José Sánchez.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.